

La Luz del Porvenir

Gracia 31 de

Marzo de 1892.

PRECIOS DE SUSCRICION.
Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol, 5, bajos,
y calle del Cañón, 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

PUNTOS DE SUSCRICION

En Lérida, Cármen 26, 3 En Madrid, Ballesta 4, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—El mar de trigo.—La oracion.—Jordano Bruno á sus jueces.

EL MAR DE TRIGO.

I.

El 24 de Diciembre de 1837 ocurrió un lamentable suceso que los periódicos del 25 contaron del modo siguiente:

LA DOBLE DESGRACIA DE AYER.

“Ocurrió á las tres y media de la tarde en el muelle de Barcelona.

“Una familia aragonesa, compuesta de la madre, viuda, una hija casada y un hijo soltero, ya mozo, y convaleciente de una grave enfermedad, se hallaban á la referida hora sentadas las dos primeras en un tramo de una de las escaleras del muelle de Barcelona, y de pié delante de ellas el último, disfrutando de los benéficos rayos del sol, para librarse del frio que reinaba, y bien ajenos todos sin duda alguna á la horrible desgracia que les amagaba.

“En el referido muelle se estaba procediendo, según parece, á la peligrosa operación de amontonar á granel el trigo descargado de uno de los buques surtos en nuestro puerto, y sea por haber flaqueado por un lado la muralla ó borde, que, para contener el trigo amontonado se acostumbra á formar con sacos llenos del referido grano alrededor del sitio que para aquel objeto se destina, ó sea que el peso del trigo rompiese la ligadura que ataba la lona que lo cubria, el caso fué que el trigo amontonado se corrió precipitadamente hácia aquella dirección, cayendo como una avalancha fuera del muelle por la parte en que se hallaba la familia arriba mencionada, dos de cuyos individuos, las dos mujeres, quedaron instantáneamente sepultadas. El hijo, por ver derramarse el grano, apresuróse inmediatamente á acudir en ayuda de aquellas, y cuando iba á tender las manos á su hermana, que le había cogido por una pierna, un saco que cayó del muelle le dió con fuerza en el pecho, lanzándole al suelo á regular distancia.

“A los gritos que dieron cuantos presenciaron el suceso, acudieron trabajadores con palas para separar el trigo, en cuya tarea les ayudaron muchas otras personas; pero por más que trabajaron con ahinco, tardaron un buen rato en dar con el cuerpo de aquellas dos infelices, que al ser descubiertas, estaban ya inanimadas. Las dos murieron por asfixia, demostrándolo la circunstancia de tener la boca abierta y llena de trigo, que se les introduciría al querer respirar.

“El jóven quedó, como puede suponerse, presa de la mayor desesperación al ver ante sí los cadáveres de aquellos séres queridos, con quienes minutos antes conversaba alegremente y sin el más leve pensamiento de que pudiera ocurrirles tan terrible desgracia.

“Un detalle: al apartar el trigo del sitio de la desgracia, fué hallado vivo, junto á la pared, á la que estaba arrimado y de pié, un perro perteneciente á la familia víctima del desgraciado suceso.

“Un obrero que contempló aquella horrible catástrofe murmuró con tono sentencioso señalando á los dos cadáveres: ¡Qué contraste!... mientras un gran número de jornaleros sin trabajo se mueren de hambre, estas dos infelices mueren ahogadas en un mar de trigo.”

II.

Cuando leímos el anterior relato, nos impresionó profundamente, como era muy natural, lamentando la muerte de aquellas dos pobres mujeres; pero nos impresionaron más aún las palabras del obrero: estas fueron para nosotras una advertencia, un aviso que aprovechamos preguntándole al espíritu que guía nuestros trabajos si las palabras del obrero encerraban el compendio de una historia de horrores, y nuestro amigo invisible, nos dijo lo siguiente:

“Teneis un refran ó adagio en ese planeta que dice: *“voz del pueblo, voz del cielo,”* y nunca una inteligencia sencilla estuvo mejor inspirada que la de ese hijo del trabajo contemplando á las mujeres ahogadas en un mar de trigo.

“Tened entendido que las muertes violentas obedecen siempre al cumplimiento de una ley ineludible, de dar á cada uno según sus obras. Grandes, y muy grandes son las culpas cometidas por el espíritu, cuando tiene que morir violentamente, cuando no puede preparar su ánimo para ese momento supremo en que ha de separarse de séres queridos, rompiendo esos lazos humanos que constituyen indudablemente el todo de su vida terrena; y aunque el acto de la muerte, filosóficamente considerado, no es más que desprenderse de un traje más ó menos usado, quedándole al espíritu su periespíritu y con este todas las sensaciones de la verdadera vida, puesto que el que abandona la tierra no pierde ni el entendimiento, ni la memoria, ni la voluntad; mas no por esto deja de ser sensible y doloroso el abandonar unos lares donde se han escrito algunos capítulos más ó menos interesantes de la historia eterna del espíritu; y si es triste despedirse de aquellos lugares donde se ha vivido y se ha amado, muchísimo más violento es verse separado de improviso de las personas amadas sin haberles podido hacer esas advertencias, esos encargos sagrados de los últimos momentos, que hasta los séres más ignorantes cumplen y respetan como un mandato divino.

“Las muertes repentinas, sea su causa cual sea, no lo dudeis, son un castigo que sufre el espíritu, castigo merecido indudablemente, mas no por que una sentencia sea justa, deja de ser dolorosa la ejecucion de aquella.

“Por qué pensais que generalmente el semblante de los ancianos adquiere ese tinte de dulcísima serenidad y hasta se dice que los viejos se vuelven niños? pues es porque el espíritu está íntimamente contento de haber estado en la tierra el tiempo suficiente, adquiriendo los conocimientos que necesitaba, saldando á la vez las cuentas que se propuso saldar. Podrá un anciano decir: ¡Cuánto me pesan los años!... pero si aquel mismo espíritu pudiera hablaros mientras su cuerpo reposa quizá os diría todo lo contrario, que se piensa de muy distinto modo adherido á un cuerpo achacoso, ó desprendido de un organismo cuyas múltiples é importantes necesidades fatigan y agobian al espíritu.

“Una existencia es un viaje que emprende el alma para su perfeccionamiento relativo, y así como vuestros exploradores terrenales están contentos y hasta orgullosos cuando dan la vuelta á ese mundo y penetran en las regiones inexploradas, del mismo modo el espíritu está satisfecho de su obra cuando contempla desde el espacio su inservible envoltura diciendo: ¡Pobre cuerpo mio! disgrégate en paz, ¡cuán bien me sirvieron tus músculos de acero, tu roja sangre, la sustancia fosfórica de tu cerebro, fuístes mi corcel de batalla que siempre me salvaste de inminentes peligros! ¡Ya nada eres! tus átomos se disgregan y en cada uno de ellos palpita aún la sensación que le imprimió mi voluntad.

“Cada existencia es para el espíritu un capítulo interesantísimo de su historia. ¡Ay de aquel que viene obligado á desprenderse de su envoltura cuando mas apegado estaba á la vida terrenal, que se odia cuando enferma la razón, cuando el espíritu no encuentra en el cuerpo todos los órganos que necesita para manifestarse: y sino la prueba la teneis en vosotros mismos. Cuántas veces decís que la vida la encontrais insoportable, que quisiérais morir, y al mismo tiempo si sentís que algún peligro os amenaza huís instantáneamente y procurais poneros en salvo; viéndose más de una vez el recobrar su agilidad un tullido al ver cerca de sí á un caballo desbocado. La prueba la teneis tambien en los pordioseros que á pesar de carecer de todo lo mas indispensable para la vida (pues muchos de ellos viven años y años durmiendo cada noche en distinto lugar), vereis que no por eso atentán á su miserable existencia, sinó que muy al contrario, se habitúan á las privaciones, se embrutecen, porque la miseria embrutece indudablemente, pero conservan el instinto de la conservación porque el amor á la vida es superior á todos los dolores. El espíritu ama su cuerpo por defectuoso y repugnante que sea, porque le sirve para su adelanto, porque la ley del progreso indefinido impone esa union entre el alma humana y el organismo, son dos cantidades que la una sin la otra no tiene valor alguno, pues si bien el espíritu vive sin el cuerpo en el espacio, tambien es lo cierto que en los mundos como el vuestro y en otros más adelantados, sin un organismo apropiado á las condiciones del planeta en que quiera habitar, no puede realizar sus empresas, no puede asociarse á la vida de aquel globo que le atrae por sus magnificencias y por los recuerdos que despierta en su mente la estancia en él, de seres queridos enlazados á su eterna historia.

“De los muchos errores que han propagado las religiones, uno de ellos (el más perjudicial sin duda alguna), es el desprecio que han hecho del cuerpo humano, destrozándolo con cilicios, golpeándolo con disciplinas, debilitándolo con ayunos, cubriéndolo de asquerosa suciedad, puesto que con los hábitos de lana en contacto con el cuerpo, este ha desarrollado con el calor parásitos que le han mortificado y que le han hecho objeto repugnante que se ha mirado por las personas cultas con lástima y desprecio.

“Esto hicieron las religiones en su infancia y de este error han participado algunas filosofías, no precisamente descuidando y olvidando las leyes higiénicas que imponen el aseo, la limpieza y la moderada y sana alimentación, pero sí diciendo hasta los que os llamais espiritistas: ¡Ay! cuando llegará la hora de dejar la tierra... Si me dejan voy á estar en el espacio siglos y siglos sin este cuerpo que tanto me pesa, sin esta materia tan exigente. ¡Oh! la vida del espíritu es la verdadera vida.

“Estas inocentes exclamaciones conservan el sabor del idealismo religioso que es la anonadación del sér. ¿Qué pensais que pueden gozar los espíritus en el espacio cuyo adelanto no les permite salir de la órbita trazada por su trabajo y por su progreso relativo? Creeis acaso que disfrutan de la gloria pintada por las religiones?

Los espíritus en el espacio tambien sufren, tambien lamentan el tiempo perdido en inútiles aturdimientos, tambien sienten la separación de los seres amados y las penas que á éstos aquejan; la vida del espíritu guarda perfecta relación con sus múltiples existencias; no sonríe con la sonrisa del justo el que ha dejado la tierra sin ser llorado y bendecido; la crisis de la muerte no anticipa los sucesos de la historia eterna del espíritu; lo que no alcanceis en la tierra ó en los mundos donde habiteis, con vuestra abnegación y sacrificios, no lo obtendreis por haber dejado un organismo deficiente para vuestras necesidades. Nada se gana por asalto ni por lances de fortuna; en las regiones de la verdad todo es pesado y medido por las leyes de la más estricta justicia; así pues, los que no sois más que medianías en virtudes y en inteligencia, no suspireis por dejar la tierra porque no conseguireis más gloria que la que merezcan vuestros hechos. No desprecieis el tiempo que teneis á vuestra disposición para progresar y perfeccionaros, porque no teneis más riqueza ni poseeis más tesoros que las horas que sepais emplear en bien de vuestros semejantes, que os son de gran provecho, porque el que difunde la luz es porque en sí mismo lleva el foco.

“Hechas estas consideraciones que hemos creido necesarias os diremos algo aunque no en concreto sobre el pasado de los dos seres que dejaron su envoltura en un mar de trigo.”

IV.

“No sois vosotros solos los que habeis preguntado á los espíritus que hicieron ayer las víctimas de tan inesperada catástrofe, y á otros amantes de saber como vosotros, les han sido dados detalles circunstanciados de cómo y en dónde vivieron ayer los que han muerto hoy ahogados por esa preciosa semilla que sirve de alimento á la mayor parte de la humanidad terrena. Por nuestra parte no somos partidarios de citar ni lugares ni fechas, porque vuestra historia (que está muy mal escrita) es, segun dijo uno de vuestros sábios, *una conspiracion contra la verdad*, lo cual es tan cierto, que no conoceis del pasado más que las invenciones de acaloradas fantasías de espíritus apasionados á sus exclusivos ideales, y si en vuestros dias observais que los hechos más vulgares son desfigurados por vuestros historiadores, calculad si los cronistas del pasado habrán mentido á su placer! así es, que tenemos costumbre de referir hechos omitiendo fecha y lugar, porque la accion verificada ni pierde ni gana importancia con saber que fué ejecutada á las orillas del Rhin, ó en las márgenes del Guadalquivir, bajo las brumas del Támesis, ó ante las oleadas del Sena; el teatro es lo de menos, el asunto del drama es lo que interesa y lo que ejerce influencia en el progreso y en el porvenir del espíritu.

“Esas dos pobres mujeres del pueblo, son dos espíritus enlazados hace muchos siglos por los lazos mas íntimos de la vida, y muy principalmente por la identidad de sus aspiraciones.

“Han pertenecido en varias existencias á la casta sacerdotal que siempre ha sido avara (salvando contadas y honrosas excepciones). Especialmente en una existencia no muy lejana, esos dos espíritus contrajeron la horrible deuda que han pagado hace pocos dias. Pertenecian á la casta privilegiada de grandes sacerdotes, y eran venerados y temidos por el humilde rebaño que en torno de ellos vivia miserablemente después de pagar diezmos y primicias á la santa madre iglesia católica y apostólica romana.

“Entre los que pagaban tal tributo, habia dos ancianos labradores que eran hermanos gemelos que vivian juntos después de haber perdido ambos esposa é hijos,

resultando de tantas enfermedades y muertes la total ruina de Juan y de Pablo, que no tenían en su ancianidad mas que una pobre casita y algunas hectáreas de terreno labrado embargadas por diversos acreedores. En tal situación, mal podían pagar á la iglesia la cantidad estipulada por aquella, y así lo hicieron presente á los recaudadores eclesiásticos. Estos dieron cuenta á sus superiores que no se desdijeron en visitar la humilde morada de Juan y Pablo, á los que tenían marcada ojeriza porque eran libre pensadores, que en todas las épocas ha habido espíritus que han protestado de los absurdos religiosos.

“La conferencia entre los cuatro fué amenazadora por parte de los débiles, que se quejaron de una iglesia que exigía á los pobres lo que ella en cambio les debía ofrecer, puesto que se encontraban ancianos, pobres, y sin nadie que les cuidara en su indigencia.

“Juan y Pablo dijeron grandes verdades y en aquel tiempo el decir la verdad era firmar una sentencia de muerte; pero las almas leales no temen el martirio, y aunque presagiaban que pagarian muy cara su osadía, hablaron á los padres de la iglesia con esa franqueza ruda de que hacen uso los espíritus libres, y los ministros de Dios les mandaron poner una mordaza, se incautaron de las tierras embargadas y de la pobre casita y á pretexto de que tenían dinero enterrado, que mentaban como unos bellacos y que habían insultado á la iglesia, les atormentaron algunos meses negándoles el alimento necesario, haciéndoles morir lentamente de la muerte mas horrible, de hambre, les dejaban sin comer hasta que les veían desfallecer, les alimentaban después para empezar de nuevo el tormento de la inanición, hasta que murieron maldiciendo á sus verdugos; estos entre tanto, aprovechando una horrible sequía, se apoderaron de todo el trigo que pudieron, vendiéndolo después á precios fabulosos, pudiéndose asegurar que cada grano de trigo se convirtió para ellos en aquella ocasión en una moneda de oro. Mas muchedumbres hambrientas les pedían misericordia, y entonces fingiendo una compasión que estaban muy lejos de sentir, les daban trigo averiado que al ser aprovechado por las masas famélicas desarrolló su consumo una peste asoladora que causó innumerables víctimas, mientras ellos, gozosos de atesorar, no perdonaron medio alguno para comerciar con el trigo extranjero, ya que los campos de su patria estaban endurecidos negándose en absoluto á dejar germinar en sus entrañas doradas espigas del nunca bien apreciado trigo.

“Y aquellos dos tiranos de la humanidad, aquellos dos malvados que nunca les conmovió el llanto del pequeñuelo, ni la súplica del anciano ni el ruego desesperado de una madre rodeada de sus hijos hambrientos, murieron tranquilamente en su lecho; la iglesia celebró pomposos funerales, sus cuerpos fueron depositados en las bóvedas de suntuoso templo, y escultores famosos hicieron sus estatuas yacentes que aún duermen sobre sus mármóreas sepulturas, siendo estas visitadas por innumerables viajeros porque son verdaderas maravillas del arte.

“Así es todo en ese mundo, suelen ir á la fosa común los que debían ser canonizados, y son á veces santificados verdaderos monstruos de iniquidad. Pero ¿qué importa que en la comedia de la vida humana se representen papeles á semejanza de los que se representan en vuestros teatros? Es acaso rey el actor que se cubre con el manto de púrpura y coloca sobre sus sienes la imperial corona? Nó; breves horas le dura su efímero reinado, cuando termina la función, cuando el anchuroso coliseo queda desierto, el actor vuelve á ser lo que antes era, un comediante más ó menos desafortunado. Pues exactamente le sucede lo mismo al espíritu cuando abandona ese

mundo: y ya puede haber vivido en un régio alcazar, ya puede haber sido su menor capricho una ley imperiosa, se encuentra en el espacio como el actor al salir del teatro, sin más grandeza, ni más predominio que sus muchas ó escasas virtudes.

“En la tierra podrá seguir la farsa, podrá canonizarse á un verdugo de la humanidad; esto no impedirá que el verdugo vuelva á ese mundo á pagar ojo por ojo y diente por diente, como les ha sucedido á los dos ambiciosos acaparadores de trigo, que volvieron á ese planeta en una posición humildísima y han comenzado á pagar sus deudas muriendo ahogados en un mar de trigo, que todo el grano alimenticio que ellos negaron á las hambrientas multitudes, justo es que les ahogue cien y cien veces, que no hay deuda que no se pague ni plazo que no se cumpla; si así no fuera, si la injusticia y ceguedad humana fueran un trasunto de la justicia divina, habría motivo para que enloquecieran todos los hombres que pensaran, porque la inteligencia se perdería en un caos; mas afortunadamente no es así, nadie es dichoso por privilegio exclusivo, ni nadie es desgraciado por abandono de la Providencia, cada uno tiene lo que legítimamente merece y si os fijais en lo que os rodea, si estudiáis detenidamente en los capítulos que forma cada familia de la historia humana, vereis que dejando aparte los que vienen á saldar cuentas terribles, la mayoría de los terrenales no sufre más que las consecuencias de sus desaciertos; muchos gimen en la miseria porque en la misma encarnación malgastaron lo que poseían, otros adquieren deudas (y con ellas sérias inquietudes) por que no saben resignarse á vivir en una honrada y tranquila medianía, y más de una grave enfermedad á veces os aqueja, porque satisfacéis inmoderadamente vuestros apetitos, y os creais el mal con vuestras imprudencias; y no olvidéis que igual relación guardan todos los actos de la vida, que nadie tiene más felicidad que aquella que él mismo se ha creado; por eso á veces veis pordioseros que sonrien casi en el colmo de la dicha, y es que la perfecta tranquilidad de su conciencia, les rodea de luz en medio de la sombra más densa.

“Ya lo sabeis, nadie tiene más reposo y bienestar que el que él crea, compadece siempre á los que mueren, como las desdichadas mujeres ahogadas en un mar de trigo. ¡Ay de aquellos que abandonan la tierra sin preparar su espíritu para ese acto solemne llamado muerte!—Adios.

IV

Grandes verdades encierra la anterior comunicación, cada hombre es hijo de sus obras, y convencidos de que las narraciones de la historia engañan á los terrenales, pero no á los que abandonan este planeta, debemos procurar que nuestros actos no nos hagan adquirir responsabilidad en ningun terreno, para que al dejar este mundo no nos encontremos, como el actor al concluir la función de teatro en la cual desempeñó el papel de rey por algunos momentos, sin que al quitarse el manto de púrpura y armiño le quede como cosa propia el mas leve giron de su traje. Ateñoremos virtudes practicando buenas obras, para que al dejar la tierra, aunque exhalemos nuestros últimos suspiros en humilde albergue, la verdad de nuestros hechos resplandezca aquí y allá, y aunque nuestros restos sean arrojados á la fosa común, tenga nuestro espíritu la inmensa satisfacción de exclamar: Dejé la tierra en paz con mi conciencia, y volveré á encarnar sin temor alguno. ¡Feliz el que contempla su pasado sin remordimiento y sonrie tranquilo ante la esplendorosa aurora de su porvenir!

AMALIA DOMINGO SOLER.

LA ORACIÓN.

Desde los primeros tiempos la oración ha sido uno de los medios de que se han valido todos los séres de las diferentes religiones para dirigirse al Ser á quien rinden fervoroso culto, y es en mi humilde opinion uno de los inefables consuelos que Dios en su bondad inagotable ha puesto en nuestra mano para endulzar las penas que generalmente agobian á la mayoría del género humano.

La Oración cuando brota de lo más íntimo del alma purifica el espíritu, lo ele-

va hácia ese Sér, centro donde reside todo lo bello, lo grande y lo sublime, calma nuestros dolores y nos hace presentir esos hermosos días de paz y de alegría, única aspiración de toda alma amante de la verdad y la belleza; nos infunde lisonjeras esperanzas de habitar en algún tiempo esas encantadoras mansiones con que sueña nuestra mente, en las que reina el amor y la sabiduría, y á donde no llega mas que como un ténue soplo el rumor de los odios y rencores; los caracteres indelebles con que quedan grabadas las malas acciones de los hombres apenas se perciben, y por eso ansiamos llegue presto el día en que libres de las trabas de la materia podamos sonreirnos en ese espacio infinito, campo sin límites donde pueden ejercer su bienhechora acción todos los espíritus elevados, y única aspiración de las almas nobles.

Oración: bálsamo dulcísimo que cicatriza las heridas más profundas, tú eres para el espíritu como la luz y el sol para nuestro suelo, como el oxígeno para los pulmones, como el rocío para las flores; himno sublime con que la naturaleza y todos los séres saludan al divino Hacedor, escala suspendida entre El y nosotros, por la que suben la tierna súplica del debil anciano, la sencilla del niño y la triste de la desolada viuda; tú templas la pena que desgarrá el corazón de la madre al vér desaparecer el hijo adorado, la que embarga á la infeliz esposa que vé desierto el hogar donde antes reinaba la felicidad y la dicha, la que taladra el pecho de los amantes hijos que ven desaparecer á los queridos autores de sus días; tú, en fin "mitigas," todos los infortunios, eres patrimonio de todos los desheredados de la fortuna, y á tu poderoso influjo se debe el que la desesperación y la duda no se apodere de muchos séres, para quienes la existencia, no más que una continua agonía.

No olvidemos nunca la oración. Cuando la desgracia nos agobie con sus negras alas y no encontremos ningun consuelo entre los hombres, dirijámonos á Dios: él colmará nuestro anhelo, él nos infundirá resignación para soportar nuestras penas, él enjugará nuestras lágrimas y él nos comunicará inmensas esperanzas de alcanzar algún día la paz y la ventura.

Regina Goyanes.

Coruña Febrero 26.

Recomendamos á nuestros lectores la magnífica poesía que copiamos á continuación.

Nada más profundo ni más armónico que sus admirables estrofas, ¡benditas las almas que tanto saben sentir!

Jordano Bruno á sus jueces.

(FRAGMENTOS DE UN POEMA.)

—Decid cual fué mi crimen... ¿Lo sospechais siquiera?
—¿Y me acusáis, sabiendo que nunca delinquí?...
¡Quemadme! que mañana, donde encendáis la hoguera,
levantará una estatua la Historia para mí.

Ya sé á qué me condena vuestra clemencia suma.
—¿Por qué...? porque las luces busqué de la verdad,
no en vuestra falsa ciencia que al pensamiento abruma
con dogmas y con mitos, robados á otra edad,
sino en el libro eterno del universo mundo,
que encierra, entre sus páginas, de inmensa duración,
los gérmenes benditos de un porvenir fecundo,
basado en la Justicia, fundado en la Razón.

Y bien sabéis que el hombre, si busca en su conciencia
la causa de las causas, el último por qué,
ha de trocar muy pronto la Biblia por la Ciencia,
los templos, por la escuela; por la razón, la fé.

Ya sé que eso os asusta, como os asusta todo lo grande, y que quisiérais poderme deementir, más, aun vuestras conciencias, hundidas en el lodo de un servilismo que hace, de lástima, gemir,

aun ellas, en el fondo, bien saben que la *Idea* es intangible, eterna, divina, inmaterial, que es ella quien los dioses y religiones crea, quien forma con sus cambios la historia universal, que es ella la que saca la vida del osario, la que convierte al hombre, de polvo en creador, la que escribió, con sangre, la escena del Calvario después de haber escrito, con luz, la del Tabor.

Más sois siempre los mismos, los viejos fariseos, los que oran y se postran donde les puedan ver; fingiendo fé, sois falsos; llamando á Dios ateos; ¡chacales que un cadáver buscáis para roer!...

—¿Qué es hoy vuestra doctrina?—Tejido de patrañas, vuestra ortodoxia, embustes; vuestro patriarca, un rey; leyendas, vuestra historia, fantásticas y extrañas; vuestra razón, la fuerza, y el oro, vuestra ley.

Tenéis todos los vicios que antaño los gentiles, tenéis sus bacanales, su pérfida maldad; como ellos sois farsantes, hipócritas y viles, queréis, como quisieron, matar á la Verdad;

Y es vano vuestro empeño.. Si en esto vence alguno soy yo; porque la historia dirá en lo porvenir:

“¡Respeto á los que mueren como muriera Bruno!”
Y, en cambio, vuestros nombres... ¿quién los podrá decir?

Prefiero yo, mil veces, mi suerte á vuestra suerte: morir como yo muero, no es una muerte, no; morir así es la vida; vuestro vivir, la muerte; por eso, aquí, quien triunfa, no es Roma; ¡triumfo yo!

* *

Decid á vuestro papa, vuestro señor y dueño, cual mueren los que marchan del porvenir en pos, decidle que á la muerte me entrego como á un sueño porque es la muerte el sueño que nos conduce á Dios;

más no á ese Dios siniestro con vicios y pasiones, que al hombre da la vida, y, al par, su maldición; sino á ese Dios-*Idea*, que en mil revoluciones dá á la materia formas y vida á la Creación;

no al Dios de las batallas, sí al Dios del pensamiento, al Dios de la conciencia, al Dios que vive en mí, al Dios que anima el fuego, la luz, la tierra, el viento, al Dios de las bondades, no al Dios del Sinaí.

Decidle que diez años con fiebre, con delirio, con hambre... no pudieron mi voluntad quebrar; ¡que niegue Pedro á Cristo!, que á mí ni en el martirio de la verdad que sepa, me haréis apostatar.

* *

¡Más basta!... ¡Ya os aguardo! Dad fin á vuestra obra...
¡Cobardes! ¿Qué os detiene?... ¿Teméis al porvenir?...
¿Tembláis?... Es porque os falta la fé que á mí me sobra...
Miradme, yo no tiemblo... ¡y soy quien va á morir!...

A. LLAMOSAS.